



SOBRE “EL ABRAZO DE LA SERPIENTE”, film de Ciro Guerra. 2015.

Este interesante film colombiano está inspirado en los diarios de viaje de dos botánicos por la selva amazónica durante la primera mitad del siglo XX, uno de ellos es el alemán Theodor Koch-Grünberg, llamado Theodor von Martius en el film, y el otro es el estadounidense Richard Evans Schultes, llamado Evans en el film. Ambas historias están situadas una en 1909 y la otra en 1940.

A lo largo del film vamos siguiendo a estos dos botánicos en su búsqueda –con treinta años de distancia entre sí- de la planta sagrada llamada Yakruna, oculta en un remoto lugar de la selva amazónica colombiana y de la que se dice que produce los sueños. Las dos historias están narradas con montaje paralelo, y en ellas ambos científicos necesitan la ayuda del mismo personaje, el chamán Karamakate, que accede a acompañarles en su búsqueda de esa poderosa planta. El encuentro de este chamán nativo, habitante solitario de la selva, con los dos botánicos y la relación que va surgiendo entre ellos, es el hilo conductor de la historia.

En este encuentro percibimos que ambos botánicos tienen muchos aspectos en común, como si la historia que se nos está contando por segunda vez en 1940 fuera la misma que ya sucedió en 1909, repitiéndose en el tiempo y dando así a los protagonistas una segunda oportunidad para afrontar un problema que quedó bloqueado treinta años antes...

En realidad se trata de una repetición similar a la que aparece en los sueños recurrentes: hay un proceso psicológico bloqueado en el inconsciente que necesita de una solución, algo que está condenado a repetirse una y otra vez, hasta que en el consciente aparezca una nueva actitud y pueda tener lugar una transformación...

En el film, esta segunda oportunidad es algo necesario, objetivamente indispensable, más allá de los intereses del yo-consciente, aunque en realidad, ambos botánicos están buscando sin comprender realmente lo que buscan, ya que no acaban de entender ni el alcance, ni la dimensión colectiva de su búsqueda.

Aparentemente ambos ansían encontrar algo concreto, la Yakruna, la planta escondida en el corazón de la selva amazónica colombiana que permite soñar, cosa que ellos no pueden hacer, pero que necesitan urgentemente, porque de otro modo están en peligro de muerte... Este es un tema que repite el motivo arquetípico de tantos cuentos tradicionales, donde una planta milagrosa será la única que podrá salvar al rey de su agonía de muerte.

Ése es el motivo simbólico y ésa es la anécdota, pero lo interesante es que la enfermedad mortal de ambos científicos está señalando un mal colectivo de nuestra civilización occidental... y esa dimensión simbólica, muy bien desarrollada en el film, es un aspecto de enorme interés desde el punto de vista de la psicología analítica.

La figura del científico enfermo, representante del elevado desarrollo de la cultura occidental, entronca simbólicamente con el motivo del rey enfermo, es decir, una dominante del consciente colectivo -desde el punto de vista psicológico- que está enferma porque no puede soñar “ni dormido ni despierto”, lo que significa que ha perdido la conexión con sus imágenes interiores, ya no sabe ponerse en contacto con su propio mundo simbólico, tiene el dominio de la ciencia y la tecnología, pero ya no tiene la capacidad de relacionarse con su propio inconsciente



En el primer viaje, el del científico alemán Theodor von Martius situado en 1909, Karamakate, el chamán, que sí ha sabido mantener esa conexión con el inconsciente, desconfía del hombre civilizado, se siente traicionado y atacado, se debate entre ayudarlo o no, porque para él el hombre civilizado es el diablo, el que ha causado el exterminio de su pueblo y la destrucción de su

tierra, por tanto... ¿por qué tendría que ayudarlo? ¿Cómo ayudar a aquellos que son tus agresores?

Y esta contradicción es la cruz que Karamakate tiene que soportar, la que afronta aquel que pertenece a un mundo todavía en contacto con la naturaleza exterior de la selva, eternamente virgen, que valora profundamente el contacto con su propia naturaleza interior y que a la vez tiene que sufrir, para bien o para mal, la cercanía de una civilización desarrollada.

Por suerte en el film hay un tercer personaje, seguramente el más lúcido, el único que, a pesar de su sencillez, es capaz de actuar como puente entre estas dos posturas antagónicas, un nativo a quien el científico ha salvado la vida, y que por ello es capaz de empatizar con él; él es el único capaz de comprender la importancia de que el hombre de ciencia aprenda o recupere un conocimiento ancestral que sólo el chamán podría enseñarle, pues ésa es la esperanza de vida que aún tiene el mundo natural en vías de desaparecer; él es el único que puede ayudar a ambos, tanto al hombre civilizado, poderoso externamente, pero enfermo ya de muerte por su desconexión con el inconsciente, y al hombre natural, habitante solitario de la selva, conocedor de los misterios de ésta y respetuoso con sus necesidades... pero en peligro total de extinción.



Desde un punto de vista psicológico, este tercer personaje es como una representación simbólica de la “*función trascendente*”, es decir, de la función mediadora y transformadora de la psique, porque es el único capaz de aunar y soportar la tensión de opuestos, vivir la contradicción de ayudar al supuesto agresor y de hablar el lenguaje ancestral del chamán. En un momento determinado, hablando con el chamán y defendiendo al botánico alemán, dice: “Este hombre es muy importante en su país, escribe historias que lee mucha gente y ellos escucharán lo que él diga. Si los blancos no aprenden, será nuestro fin”.

Pero aunque la película plantea como punto de partida la enfermedad mortal del hombre civilizado, necesitado de la Yakruna,

símbolo de la fuente de renovación que aún existe en el fondo del inconsciente, vemos también que en los nativos hay un grave peligro de alejamiento del inconsciente, tanto entre los restos de las poblaciones indígenas, corrompidas por el cristianismo y por la llegada del hombre civilizado, como en el mismo chamán, Karamakate.

La contradicción que vive Karamakate es posiblemente la que ha estado bloqueando la posibilidad de renovación... En el primer encuentro, en 1909, el chamán “escucha” o “comprende” en sueños que tiene que ayudar al hombre blanco, pero no da crédito a este mensaje del inconsciente: duda, cree haberse equivocado en su interpretación, no puede comprender cómo él tendría que ayudarlo, renuncia a escuchar su propia voz interior por ser ésta tan disonante con respecto a sus sentimientos, por sentir todavía tanto odio y tanto resentimiento hacia el pueblo invasor.

Este es un problema clave desde el punto de vista de la psicología: ser capaz de escuchar y comprender que la “voluntad” de la naturaleza, la necesidad del inconsciente, puede ser muy diferente a la del yo-consciente, y que en muchas ocasiones ese yo-consciente tiene que hacerse a un lado para que prevalezca la voz que viene desde el centro de la psique, un centro que está más allá de las tendencias opuestas, porque es su mediador y su fuente de vida.

Al renunciar a aceptar la voz de la naturaleza, Karamakate pierde la conexión con ella. A partir de ese momento, los árboles, los ríos, la selva ya no le hablan. Van pasando los años y Karamakate va perdiendo la gracia de entender el lenguaje del inconsciente...



Esto que le ocurre al chamán le produce una enfermedad similar a la del hombre blanco: él también queda huérfano, abandonado, perdido en un vacío silencioso desprovisto de sentido...

Por esa razón, en la segunda oportunidad, treinta años después, el chamán, como hombre primitivo, necesita del viaje iniciático tanto

como el hombre blanco, y por eso él también tendrá que hacer de nuevo un esfuerzo por aprender a escuchar, por recordar y estar abierto a la voz y a las imágenes que vienen del inconsciente. Ese es un acierto fundamental de la película: no existe una parte perdida en su ignorancia y otra poseedora de la sabiduría, sino que ambas partes, tanto el hombre civilizado como el hombre primitivo, necesitan descubrir cuál es la actitud que les está pidiendo el inconsciente y atreverse a escucharlo.

En nuestra vida cotidiana, todos estamos igualmente desconectados y huérfanos; unos porque, como los dos científicos del film, hemos sucumbido a la tendencia excesivamente unilateral del espíritu de la época y estamos muy “ladeados”, es decir, sólo vivimos una parte de nuestra naturaleza, teniendo perdida la mitad del alma, y otros porque, a pesar del hecho de mantener un fuerte contacto con su naturaleza interior, en realidad no son poseedores de algo adquirido para toda la vida, pues, como le ocurre a Karamakate, en cualquier momento todo lo conseguido se puede echar a perder con una actitud errónea, es decir, una postura rígida que se aferra al punto de vista del yo-consciente y desconfía de la voz del inconsciente, pues lo que éste nos trae, la mayoría de las veces, va en contra de los deseos del yo.



Entonces, quien fue marinero pierde la gracia del mar, y quien se sentía animado por el fuego del espíritu se queda hueco como un cascarón vacío, un “*chullachaqui*”. Ningún bien psicológico adquirido es eterno, todo depende de la actitud, que puede cambiar radicalmente sin que apenas nos demos cuenta.

Es por eso que la ayuda no consiste solamente en que el chamán lleve al hombre blanco al lugar donde está la planta sagrada; en realidad el chamán sabe que esto no servirá de nada a quien no sabe escuchar. No se trata de ayudarlo a consumir una planta alucinógena convirtiéndola así en un producto exótico de mercado, sino de

enseñarle a respetar y a escuchar a su naturaleza interior. Sin ello, conseguir la planta no significaría nada, pues el efecto se perdería del mismo modo que se fue perdiendo la capacidad natural del hombre civilizado para soñar.

Por eso, ante esa realidad, tanto el chamán como el hombre civilizado tienen que ser capaces de albergar una actitud de profundo respeto y atenta escucha a su propia naturaleza interior, pues la guía verdadera, la que les traerá la sanación, solo vendrá por el camino de una actitud capaz de hacer a un lado los prejuicios, las rigideces del consciente y las luchas de poder, y adentrándose en las zonas más agrestes de la psique, intentar escuchar la voz siempre renovada de la naturaleza interior.

© María Mora Viñas.

Valencia. Junio 2016.

